

Clementina, descalza

*Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me vuelva a dar la vida.*

COMENDADOR ESCRIVÁ
Cancionero general (1511)

1

Rara vez, aunque no nunca, alguien se atrevía a preguntar a don Voltaire si era casado o soltero. Cuando llegaba a ocurrir, tardaba una pequeña eternidad en encontrar el habla. De primeras se le endurecía el ceño, como con enojo, o como si le apretara la garganta una sensación de culpa. O las dos cosas. Debía violentarse para responder. Lograba, al fin, sacar la voz, y entonces confesaba en un soplo apenas escuchable:

—Viudo.

La palabra, el tono, desconcertaba a los indiscretos. No se atrevían a seguir.

—Ah, qué pena —solían comentar, atragantándose con el bochorno.

Don Voltaire Escobedo parecía agradecer por dentro el que no le pidieran detalles. Suspiraba el alivio cuando la persona se apuraba en despedirse:

—Bueno, hasta luego, ¿no?

Él hacía que sí, que sí, desde muy lejos.

Luego iba a esconderse a cualquier sitio. La gente:

—¿Qué le bajó al profesor?

—No sé. Le pregunté si era casao.

—¿Y?

—Me dijo viudo. ¡Como con rabia!

—¿Rabia?

—Ni que hubiera muerto él a la finada.

Persignándose:

—Pordió. Esa' cosa' no se hablan.

Mientras, parado a la orilla del estero o a la sombra del árbol que se alzaba en el patio de su escuela, don Voltaire, defendiéndose de cavilar, cavilaba.

Viudo. Jamás pudo habituarse a pronunciar con naturalidad esta palabra. Ni siquiera a pensarla. Era —se decía muchas veces— como considerarse muerto él mismo. Que el muerto fuera él, no ella... Voltaire Escobedo, profesor. Muerto. Muerto tal día, a tal hora.

La hora en que ella se murió en sus manos.

2

Habían sido compañeros de curso ella y él, durante toda la carrera. Ella tenía unos ojos intensos, que en lo oscuro destellaban al mirar contra la luz: como los de los perros (sonreía Voltaire para sus adentros). Pero esto lo descubrió tiempo después. Igual que demoró en notar un rasgo curioso de su voz: le salía baja, como si temiera a equivocarse y comenzara a retirar lo dicho aun antes de decirlo. Rara vez la escuchó hablar en clase. Su pelo era de un castaño fuerte, casi negro.

Delgada, ya desde el principio.

No es que a Voltaire le hubiese llamado gran cosa la atención, en un comienzo. Nunca se hicieron muy amigos antes de lo que él —siguiendo a James Joyce— llamó «su epifanía».

(—¿Epifanía? —iba a extrañarse ella cuando él le mencionó la idea—. Como que no te sienta mucho hablar de epifanía.

—¿Por qué?

—Eres tan anticlerical.

—Es la palabra griega por manifestación.

—Lo sé.

—Los griegos ya la usaban antes de que se inventara el primer clérigo).

Pasaron meses, al principio, sin que él recordara su nombre de pila. Sí se le quedó el apellido —no sabía por qué—: Martínez. La señorita Martínez. Y la señorita López y la señorita Arregui. Así les llamaban los profesores al pasar lista o al interrogarlas. Igual con los varones, por cierto. Él, desde la época del liceo, era Escobedo. O Escobedo, Voltaire. Escobedo, Wilson, Iturriaga: no había sino apellidos en la sala. Con las alumnas, a veces, los efectos

podían ser risibles. Mondragón era una rubia estupenda. Guerrero, una chiquita de aspecto inofensivo.

Un día se organizó un paseo del curso a El Arrayán. Señoritas y señores partieron con sus cambuchos, o bolsas, o aun canastos de cocaví. Todos vestían tenidas deportivas. Las niñas, faldas amplias, unos audaces centímetros más cortas de lo que se estilaba antes de la guerra (estábamos en mil novecientos veintitantos ya); y cintas, pañolones, unas pamelas que aleteaban a cada paso de las portadoras. Los hombres, informales a su modo, llevaban pantalones y chaqueta de distinto color, corbatas vistosas, cuellos prácticamente libres de almidón.

—Ah, ¿pero hay río?

—Lesera no haber venido con traje de baño.

—Pero, ¿tendrán camarines?

Hacía uno de esos calores hostiles de diciembre. Voltaire consumió sus provisiones en compañía de un compañero suyo, «el señor Beteta», a la sombra de un boldo ancho.

—Arrayanes, ¿dónde habrá?

—Quizá. ¿Tú sabes cómo son?

—Verdes supongo.

Claro: tratándose de la carrera de pedagogía en castellano, el señor Beteta era objeto de bromas.

—Beteta, ¡qué envidia! —macuqueaban unos.

—Beteta se escribe con V corta —reconvenían los sutiles.

—Y separado —especificaba un obvio.

Las compañeras trataban de no entender el chiste. Algún gracioso apodó Parónimo a Beteta.

—Eh, Parónimo. ¿Puedes prestarme el libro de Pereda?

Beteta era de esos tímidos que nunca faltan en los cursos. Imán para las pullas y las bromas de otros, a lo mejor tan tímidos como él; pero ellos conseguían disimularlo con una largura de genio «de puertas afuera», según el joven Voltaire. Un poco caballero andante, él se acercaba a Beteta, queriendo protegerlo. Discutían juntos. Nunca les faltó tema. Buen lector, brillante alumno, ágil de mente para sus adentros, memorioso como él solo, Beteta tenía, sin embargo, una verdadera vocación de víctima expiatoria.

Voltaire se lo dijo alguna vez:

—Andas por ahí con una cara de jódanme, que los demás se tientan.

Aquella tarde en El Arrayán, terminado su almuerzo campestre, los dos compañeros fueron a buscar agua fresca a la orilla del río. Hacían cuencos con las manos, bebían de ellas. Sin que ninguno de los dos se diera cuenta, la señorita Martínez se acercó por detrás con su pabela pajiza, su falda plisada, blanca, y un par de luminosos zapatos de igual color. El sol reverberaba en su figura, que Voltaire descubrió de reojo.

—Quiubo.

Ella y Beteta parecían ser buenos amigos. Voltaire recordaba haberlos visto estudiar juntos, caminar por el patio sumidos en eternas conversas. Sin ponerse de acuerdo, se sentaban frente a frente en la sala.

—Quiubo —respondió Beteta y la invitó a sentarse en una piedra grande—. ¿Comiste?

—Sí.

—Prueba esta agua.

—¿Está limpia?

—Acaban de hacerla en aquellos cerros.

Ella echó atrás su pabela. El ademán le despejó la frente, como si la hubiera ampliado, abierto: algo. Su melena garzón quedó libre, y se sacudía a cada gesto suyo con ágil suavidad. Era un eco de sus movimientos, alcanzó a pensar Voltaire (quizá podría anotar la imagen para uno de sus poemas). La señorita Martínez bebió; luego volvió a inclinarse, esta vez para empapar su cara en un movimiento pausado, fructuoso. Cuando sus manos se abrieron asomó por entre ellas un rostro más intenso, o acaso más personal del que Voltaire le había visto hasta entonces. La señorita Martínez cobraba identidad.

Siguieron conversando.

En un momento, él la vio quitarse los zapatos y meter los pies en un remanso. Le halló aspecto de niña que se moja y disfruta. Entonces ocurrió la epifanía. De repente, los pies no fueron infantiles. Voltaire sintió el cambio con fuerza, aquí, dentro del pecho. Eran pies de mujer. No porque le parecieran sensuales, ni por... Nunca sería capaz de explicar la finura de esos dedos, el color claro de la piel, la misteriosa singularidad del ritmo que traslucía cada movimiento. Femenino. Ella era muy femenina.

Y él acababa de encontrar, casi de golpe, a la mujer que había en esa señorita Martínez.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, sin saber que iba a

hablarle, y menos que iba a tutearla, e interrumpiendo a Beteta en medio de una frase.

—Clementina.

—Clementina —repitió él.

Ella:

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa con qué?

—Mi nombre. Qué pasa con él.

—Que es tuyo.

Ella no dijo lo obvio («Claro que es mío»). Ni él le dijo a ella que desde entonces —para él—, ella era Clementina y Clementina era ella. Sí, otras se llamarían igual, pero serían solo eso: otras. Podrían pertenecer a una época perdida, o a un planeta distinto de ese en que ambos comenzaron a vivir desde aquel momento (y que no era la tierra).

Se miraron. Estaban solos. Ni se acordaban de Beteta, a esas alturas. También Beteta pertenecía en una realidad ajena. Pobre: se había quedado en el mundo, a la orilla de un estero real, viendo correr un agua que no pasaba de ser H₂O, y bajo un sol que no formaba parte de ningún poema.

Más de una vez, Voltaire se preguntó cómo pudo entender tanto en un tiempo tan breve. Apenas unos segundos, y supo, adivinó, intuyó. Vivió, en cierta forma, lo que más tarde iba a vivir.

3

Lo malo es que Beteta, parece, estaba enamorado en secreto de Clementina Martínez. Fue poniéndose difícil la relación de él con Voltaire, en especial al principio. O inmediatamente después del principio. Hubo un par de semanas en que Voltaire alcanzó a sentir que formaban un trío. Pero Beteta se daba vuelta hacia dentro cada vez con mayor tenacidad. Le iba cayendo una especie de sombra sobre el rostro. Y no, no era por nada perceptible. Una risa de ella lograba entumecerlo. O el que Voltaire recordara a Clementina versos de Machado o García Lorca que ella y él habían leído juntos (Beteta se veía a punto de preguntar «¿Cuándo?», y era obvio que se tragaba la pregunta).

Comenzó a tener problemas —no: comenzó a decir que los

tenía— si se trataba de ir los tres al teatro, o a andar por el parque, o encerrarse en casa de Clementina a estudiar una prueba.

—¿Cómo? ¿No puedes? Si es sábado en la tarde.

—No. Tengo que...

Siempre tenía que. Se les fue separando. Ellos, absortos uno en otro, apenas si se daban cuenta de que alguna cosa extraña le ocurría.

—Beteta...

Pero Beteta no invitaba a preguntarle.

No es que Voltaire y Clementina se hubieran enamorado así: ¡paf! Voltaire se habría puesto furioso si alguien le hubiera hablado de «amor a primera vista» (tan de moda en aquel tiempo). Esas eran «pamplinas de yanquis», solía comentar, después, con su novia. En boca de él, «pamplinas de yanqui» era una especie de colmo de la mediocridad.

—Porencimismos —gruñía.

Y su amor, que por decoro él llamaba cariño, no llegó a la plenitud de golpe.

—Eso sucede con el tiempo.

Sí existió una epifanía: la manifestación de un algo inexplicable que había en ella y que pasó a ser de él. Como una tinca, una chispa. Ni siquiera Beteta sería capaz de descubrirlo.

Transcurrieron semanas, meses. Un día, sentados en un escaño del parque, Clementina se quedó mirando a Voltaire.

—¿Qué pasa?

—Eso iba a preguntarte —dijo ella.

—¿Preguntarme qué pasa? —él aún no entendía.

Clementina rió, un poco nerviosa.

—No sé...

Pero ya los ojos de ambos volvían a encontrarse y no se separaban.

—Qué pasa —se animó ella a insistir.

La voz de él salió ahora ronca:

—Pasa que estoy enamorado —pausa—. De ti, por supuesto. No sé si era eso lo que preguntaste.

—¿Cómo: de mí por supuesto?

—No me podría enamorar de nadie más.

—Ni yo.

Sorpresa de él:

—¿Ni tú qué?

—¡Ah, Voltaire! Qué ganso.

Vino el vértigo: así iban a recordar para siempre aquel período. De cuando en cuando, él exclamaba:

—Qué ganas de pedirle al tiempo que vaya más despacio.

—¿Por qué?

—Porque no alcanzo a convencerme de que un minuto es cierto cuando ya viene el otro.

Fue así. Desde aquel día, al parecer todo ocurrió en uno: Clementina y él dieron sus exámenes finales, hicieron la práctica en el Liceo de Curicó (los dos), se titularon, él consiguió por mientras una suplencia en la Escuela de Niñas de San Javier, y —aún sin haber perdido el vuelo: flotaban en el aire— una mañana entraron en la oficina del Registro Civil para casarse.

Beteta fue testigo. Y un hermano de Clementina, que miraba al novio con aire receloso. Y la señorita Mondragón, y el señor Carvallo.

Beteta salió triste de la ceremonia.

—Felicidades —murmuró con voz gris, como si adivinara lo que iba a ser de la pareja.

4

Al principio, la estada en San Javier resultó un sueño. Desde su llegada misma al pueblo sintieron que se adentraban en una grata intimidad. Como en un bosque grande, en una de esas playas que se pierden a lo lejos.

—Nos va a gustar.

—Parece.

El director de la escuela era el señor Venegas. Tenía los dos cursos superiores a su cargo. Aparte de él, un maestro raso, ya muy viejo —don Marcial—, se defendía a duras penas de los dos cursos que venían más abajo. «Dos hordas», les llamaba él, sin amargura. Voltaire cubrió la ausencia de un tercer profesor-inspector, que nunca apareció. En la Escuela de Niñas, la señorita Monardes solía ausentarse con frecuencia. Cuando se supo que Clementina era profesora también, fue natural invitarla a hacer reemplazos. Al poco tiempo su presencia se fue haciendo habitual.

Sabía las materias. Sabía tratar con las alumnas. No cobraba sueldo.

Las dolencias de la señorita Monardes menudearon.

—Me da no sé qué —se ruborizaba la directora.

—Por favor. Me entretengo.

Era cierto. Además, se encariñaba con sus pupilas.

A los tres o cuatro meses le llamó la atención que no venían a clases algunas con las que, sin embargo, se topaba a menudo en el pueblo. Las veía en la plaza, por ejemplo, o jugando a la orilla del río. Incluso la saludaban respetuosamente al verla. («Ahí va la profesora»). Una tarde, una de las remisas fue a golpear a su puerta. Venía a vender uva. «Uva de Villa Alegre», ponderaba. Unos racimos grandes, en un canasto desproporcionado para el tamaño de su portadora. Los granos, en cambio, hacían juego con sus enormes ojos negros.

—Voy a comprarte uno... ¿Cómo te llamas?

—Clara.

—¿Cuánto es, Clara?

Mientras le pagaba se fijó: la chica iba sin zapatos, y hacía frío.

No le costó comprobar, después, que ese ir descalzas era un rasgo que Clara compartía con el resto de las inasistentes. La escuela sería gratis, pero había familias muy pobres para darse el lujo de calzar a sus hijos, aunque fuera invierno. Seguramente su orgullo las inducía a evitar que las niñas fueran a la escuela con los pies desnudos.

La experiencia de Clara y de sus uvas había ocurrido días antes de que terminaran las vacaciones de verano. En la primera semana de marzo, al reempezar el año, Clementina se presentó descalza a hacer clase. La directora la observó con desconcierto. Hubo un rumor de risas bajas al entrar ella en la sala. Las niñas cuchicheaban, incapaces de apartar la vista de aquellos pies desnudos. Alguna hizo además de preguntarle:

—¿Señori...?

Su vecina le tiró la manga.

El rumor corrió por el pueblo y a la semana llegaron a clase dos de las descalzas. Luego otra, otra. Luego terminó el problema.

—Muy bien por ahora, pero ¿qué vas a hacer en invierno?
—se inquietaba Voltaire.

—Fijarme en lo que hagan ellas.

—Te vas a helar si...

—Cuestión de costumbre.

No fue cuestión de costumbre. Ya a mediados de mayo, Clementina tosía en forma persistente. Una maldita tos opaca que iba llenando las noches, las mañanas.

—Te estás... —Voltaire sujetó con espanto la palabra.

—No «me estoy» —sonrió ella.

Quizá los fríos de ese mes de julio no fueran la causa, pero ciertamente ayudaron. Fue la opinión del médico, cuando pronunció la palabra feroz:

—Tuberculosis.

Voltaire sintió un nudo en la garganta. Le escocieron los ojos.

—Pero...

—Hay casos... —quiso tranquilizarlos el doctor: sonaba inevitablemente idiota. Volviéndose a ella—: Si usted se cuida... Tendría que ir a clima. Tal vez a Vilches, o a Los Queñes.

Clementina no quiso oír hablar de ir a clima. Se cuidaría acá, prometió. No haría más clases descalza. Las niñas entenderían. Iba a abrigarse, a tomar mucho líquido caliente. Se negaba a pensar, siquiera, en partir a otro sitio. Miraba profundo a los ojos de Voltaire («No querrás que estemos separados»). Discutían. En algún momento, con aquel modo sutil que tenía ella, le dio a entender que pensaba ganársela a su enfermedad. Se proponía vivir, y viviría con él. Pero en seguida dijo algo que se le apretó a él adentro: si no resultara así, ¿no era mayor razón para estar juntos todo el tiempo que pudieran?

—Clementina...

Le puso un dedo en los labios:

—Naaada.

Él le hizo caso, al fin. Era tan fuerte la convicción que veía en ella.

—¿Tú crees...?

—Creo.

Llegó a aceptar la idea con la fuerza y la irracionalidad con que uno acepta una superstición: a puro instinto.

Se engañaron los dos. Tal vez no Clementina, pensó luego. Tal vez ella quiso pasar sus últimos meses como los dos soñaron en la época del descubrimiento de su amor. Más pálida, más débil. Voltaire la observaba de reajo, sentía que el tiempo la iba hollando y les urgía el paso. Qué ganas de que las horas, los días, las semanas, se echaran ahí, como perros amables. Qué ganas... Pero en los

momentos en que a ella le venían los accesos de tos, qué ganas de apurar esos minutos (esos solos). No conseguía convencerse de lo que estaban viviendo. De que ella comenzaba a vivir su muerte. Muerte, morir: cómo se aprende a temer a las palabras.

Cuando ella cayó definitivamente en cama, él se sentaba al lado suyo a conversarle. O a callar en compañía. Se miraban. Podían permanecer así ratos muy largos, los ojos en los ojos, sin salir de una mudez que era eso: una, de los dos.

De pronto Clementina, con esa voz que el mal iba volviendo misteriosa:

—Tú sería bueno que dejaras de quererme tanto.

Él se esforzaba por tomarlo a broma:

—¿Y tú? ¿Me quieres menos?

Respondía con lástima, y a la vez con firmeza:

—No importo yo, Voltaire. No voy a estar.

Le llamaba así. Que no iba a estar. O que cuando él siguiera solo... No estar y seguir solo pasó a ser entre ellos la clave de los dos rostros de la muerte. Pero él se sublevaba:

—No sigas.

Se negaba, sí, como un supersticioso, a reconocer que ella moriría, a creer en eso de que bien pronto habría que seguir solo. En el fondo, lo roía la idea de que hablar de aquello equivalía a atraerlo. No lo aceptó ni aun al ver cómo la enfermedad la iba venciendo. No había creído cuando la desahució aquel doctor de expresión compungida.

—¿Muerte? ¿Muerta?

Tampoco pudo convencerse, ya con ella ahí, en la caja, más pálida que nunca. Miraba su rostro, sus pies: descalzos también ahora, según ella pidió unos días antes. Tratava de mantener la calma entre todas aquellas flores, y lutos, y familia; entre una gente conocida que de pronto le resultó desconocida y distante, y que se acercaba a él diciendo:

—Sentido pésame.

Una palmada en la espalda:

—Lo acompaño en su sentimiento...

Se enfurecía interiormente. Ninguno de esos seres podía acompañarlo ni sentir lo que había que sentir. Qué ganas de gritarles: «¡Váyanse! Nadie es capaz de acompañar a los muertos ni a los deudos».

—Nadie se muere, tampoco —repetía después, en silencio, en la nueva soledad del cuarto que fue de ambos.

Alguien le sugirió «dejar que el tiempo...».

Él no quería «dejar que el tiempo». Para empezar, él no quería el tiempo. Y menos aún, dejar que hiciera bien. ¿Usarlo como una especie de calmante? Le repugnaba imaginarse tratando de borrar —con ayuda del tiempo— el rostro, la voz, los gestos de su mujer. «Clementina no es mía: es yo», protestaba una fuerte voz interna. Le parecía indecente la idea de «conformarse». Las visitas también le sugerían conformidad:

—Los días pasan.

(¿Y qué, si pasan?).

Sobre todo, ¿por qué desear que ella muriera, además, en su recuerdo?

Consideraba locura aceptar que el solo haber muerto ella les impidiera seguir viviendo juntos. ¡Si uno vive con sus padres y sus abuelos en las venas, aunque ninguno exista ya, o aunque jamás haya llegado a verlos! Es distinto el conocer del ser. Uno, para ser uno, tiene que ser antepasados que nunca conoció. Ser ellos es una forma de ser uno. Lo recibimos en la herencia. Viene en las células, desde que te conciben: igual que vienen ciertos rasgos faciales, la voz, el gusto por... Y tirrias, vocaciones...

A medida que transcurría el tiempo —«¡el tiempo!»—, sonreía ferozmente don Voltaire—, había ido aprendiendo a convivir con su muerta. Convivir: habría sido incapaz de expresarlo de otro modo. En cuanto lo dejaban solo, llegaba Clementina, su rastro, el soplo suyo, a acompañarlo. No conversaban. No se dialoga en verdad consigo mismo. Tampoco es que pudiera preguntarle y oírla responder. Era una especie de pensar-sentir, o de sentir-pensar, cosas que habrían hablado si ella pudiera hablarle todavía (pero hablarle desde ella, no desde él mismo, como ahora).

Además, había aquel algo tan vivo que le fluía por dentro, igual que resbalan por sí solas las ideas: finas, etéreas, imprecisas, y no obstante, a la vez, perfectamente claras.

Le corría en desorden todo aquello.

«La muerte es mentira», se repetía con rabia, mientras una voz de maldita cordura repetía: «Es la única verdad que no podemos rehuir». Una verdad tan falsa. Cada muerte es algo propio. Imposible delegar, ni la tuya ni la próxima. Soy yo el que muere cuando muero. Soy yo el que muere la muerte de mi padre. La de... ¿Quién más podría morirla conmigo, ni por mí? ¿Quién llegaría a ser capaz de «acompañar en el sentimiento»?

—Absurdo, absurdo.

Nadie, nunca, iba a quitarle su historia, porque a nadie, nunca, le contaría nada. Tampoco habría quien pudiera librarlo de su sensación de culpa. Debió llevarla a Vilches o a Los Queñes, por último a la rastra.

—Es como hubiera ayudado a matarla si yo mismo.

5

El vértigo se repitió después de muerta Clementina. Un vértigo distinto. Voltaire permanecía horas bajo un árbol, a la orilla del río, sin hablar ni aceptar que le hablaran. Si le avisaban que alguien venía a verlo:

—No estoy, no estoy.

Y quizá si fuera esa la verdad: que no estaba.

A veces se le acercaba un perro con ganas de amistarse. Él le pasaba una mano distante por el lomo mientras sus ojos se seguían detrás del ir, el ir, el ir del agua. No es que no pensara: es que pensaba sin saber en qué. Clementina aparecía en su imaginación, a saltos. En más de una oportunidad, contemplando la arena que orillaba la corriente, la vio, a pies descalzos (un eco de esa remota epifanía), y al volver a darse cuenta de sí mismo experimentaba la sensación de una sombra de sonrisa en sus labios.

Se negó a seguir yendo a hacer clases. Rechazó la licencia que ofreció darle el señor Venegas.

—¿Licencia? ¿Para qué?

—Ahí veremos. Cómo sabe si...

—Sí sé.

Voltaire no se imaginaba a sí mismo de regreso a la escuela. Cada rostro infantil iba a dolerle. Cómo podría hablar. Qué iba a decirles. Y sobre todo, ¿qué haría si le preguntaban?

Siguió en la vieja casita de inquilinos donde vivieron Clementina y él (cuando vivían). Era una forma de ser fiel, no sabía a qué. También ahí solía pasar horas. Con o sin un libro entre las manos. Sin leerlo. Sin abrir la puerta, si alguien venía a golpear. Le gustaban la lluvia, los días grises. El silencio que el agua iba haciendo en el río. De tiempo en tiempo la vista se le iba detrás de uno de esos pájaros que atraviesan el aire. No es que mirara. Ni que se dijera: Ahí va una garza. Ni que se preguntara a dónde volaría.

Sus ojos miraban por sí solos.

Una mañana supo que no podría quedarse en San Javier.

Así sencillamente: supo.

Fue el buen señor Venegas quien entonces le habló de Los Puquios y su mínima escuela. Ahí pudiera ser que... Por deferencia para el señor Venegas, Voltaire se decidió a hacer el intento. Mal que mal, había que seguir en esto de la vida. Nunca pensó en quitársela. O lo pensó como se piensa en ir a Europa o en escribir un libro: utopías fuera de alcance para un profesor de Estado.

A veces deseaba morir, era cierto. Con el deseo opaco de cuando se quiere terminar una tarea ingrata. Veía cada vez mayor sentido en unos versos del Comendador Escrivá, que repetía interiormente igual que hubiera dicho una oración (si fuera capaz de orar):

*Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me vuelva a dar la vida.*

...En Los Puquios nadie sabía de él. Tampoco habría recuerdos de ella penándole en el aire. Sus alumnos serían otros...

De algún modo, eso ocurrió. El pueblo era distinto. Nadie tenía por qué compadecerlo ni sentir curiosidad. Descubrió que acá muchas personas confundían su retraimiento con aspereza. Les costaba acercarse. Pudo vivir tranquilo en una casa igual de modesta que la de San Javier. Una casa sin huellas. La alquiló «con la señora Ismenia incluida». Ella llegaba de alba a preparar el desayuno, se encargaba del aseo, el almuerzo. Antes de irse, cuando empezaba a oscurecer, dejaba la cena lista, en un baño de María.

—¿No quiere que me quede un rato ma'?

—No, no.

La señora Ismenia nunca dio la impresión de notar nada. Ni de interesarse en por qué, cerca de cumplir los treinta, él no era casado ni tenía novia. Cada mañana, al llegar, la señora Ismenia traía consigo pan y leche, encendía la cocina de leña, hacía el aseo, desordenaba un poco tratando de ordenar, y punto. Si necesitaba hablar algo, lo hablaba sin darle muchas vueltas (Me trata como se trata a alguien normal, se asombraba Voltaire). No le hizo falta

ocultar su mundo íntimo: esa mujer actuaba como si no existiera algo así. Pasaba por encima, como quien da un tranco largo y salta sobre una poza.

Le ayudó mucho a fingir que era alguien común y corriente.

Sus alumnos no tardaron en calarlo. Cierto: al principio su aspecto les atemorizaba un poco; sin embargo, más pronto que tarde, le fueron hallando el lado («Los chiquillos y los perros no se engañan»). Uno de ellos dio el diagnóstico: el profesor era estricto pero buena persona. Fueron atreviéndose a preguntar. Les atrajo la historia, que él contaba como un cuento. «Igual que si le gustara», se extrañó uno. Algún día, entre recreo y recreo, misteriosamente apareció en la pizarra un mono bajo el cual decía: «el señor Escovedo», con v corta y la ese escrita al revés.

Don Voltaire entró en la sala. Sintió la expectativa que cargaba aquel silencio. Como sin darse cuenta, cruzó frente a su retrato. Lo miró a la pasada, de reojo. Se detuvo. En seguida tomó el borrador y un palito de tiza, borró la v corta y la ascendió a b larga. Enderezó la s, siguió hasta su pupitre y comenzó a pasar lista mirando uno por uno a los que nombraba.

—Abarca.

—Presente.

—Alarcón.

Cerró su libro de clases, volvió a levantar la vista:

—Medel —dijo con voz suave.

El Lupe Medel se paró en su asiento, rojo: era el autor de la caricatura.

—Venga a la pizarra.

—¿Yo, señor?

—A ver si sabe hacer otras cosas.

Los niños no se atrevieron a reírse. Había una especie de hielo en el aire.

—Escriba la tabla del nueve.

—¿La ta...?

Lupercio Medel no podía creer lo que oía: dos días antes se había lucido recitando de una hebra la misma tabla. Limpió del pizarrón su obra de arte y anotó de arriba a abajo con pulso débil: « $9 \times 1 = 9$; $9 \times 2 = 18$...». Cuando llegó al $9 \times 9 = 81$, impasible, don Voltaire hizo sí con la cabeza:

—Bien. Vuelva a su asiento.

Todos supieron que el profesor sabía todo. Un implícito

suspiro de alivio llenó la sala. Don Voltaire sintió, al mismo tiempo, que le dolía el alma y que una cosa tibia le entraba en ella.

Casi como si estuviera vivo.

Inevitablemente, fue haciéndose de amistades. Medel se le aquerenció solito después del castigo. Sus primeros alumnos crecían y llegaban nuevos. Antes de darse él cuenta, los grandes ya eran adultos. Casi todos demostraron quererlo («¿Se acuerda, profesor, de la vez que Ángel Verdugo...?»). La señora Ismenia no pudo seguir con el aseo por culpa del reumatismo. Vino doña Margarita. No era muy diferente: hacía lo que había que hacer y se iba. Sin preguntas.

Los años pasaban.

Cuando enteró los cincuenta, don Voltaire recordó lo que su padre había dicho al cumplir los suyos: «Medio siglo. Ahora mi-
do mi edad en siglos». Pasó un cuarto de siglo más. Setenta y cinco. La Margarita envejeció, y se fue, y la reemplazó la Hortensia.

—Es un cambio de flores —dijo él.

Se fue también la Hortensia...

—Alguien vendrá.

6

Un día, su ex alumna Rosario respondió al aviso que él había puesto en la puerta de la escuela.

—¿Tú?

—Si no le importa.

—Ganarías mucho menos de lo que sacas en el bar de don Baucha.

Ella no dijo nada de que la había aburrido el ambiente. Porfió de esa manera que ya le conocía, de cuando fue su alumna. Sin explicarse. Como guardándose siempre un rincón muy suyo:

—Soy güena pa' cocinar. Hago bien el aseo.

—Sí, sí...

—Pero si no quiere...

Esa era otra táctica vieja.

—No es eso, chiquilla.

—Entonces.

Se quedó.

Aunque era reservada, y más de un poco orgullosa, se la

notaba a gusto aquí. Alegre, a veces. En más de una ocasión la escuchó cantar a media voz mientras barría el patio de recreo (nunca se atrevió él a decirle que le dolía oír cantos). Ella cortaba flores y las ponía en viejas copas cojas, o vasos a medio trizar. Hacía mace-tas de las ollas en desuso. Animaba el entorno. El comedor y la pie-za de los libros fueron respirando un fino olor silvestre a través de las ventanas. La Rosario rastrilló el jardín, entero.

—Te cansas.

—Me gusta.

De hecho, hizo más que rehízo el jardín. En la tierra que acababa de remover y limpiar, sembró unos cardenales blancos.

—¿Y crees que se darán?

Se ponía maestra ella ahora:

—Son plantas carne de perro: crecen y se cuidan solitas.

Así, sin bulla, cambiaba poco a poco el clima de la antigua casa.

Un día, él se sorprendió al notar que la Charo era hermosa, y que ya era mujer. Costaba reconocerlo en una ex alumna. Cuando uno hacía clase, tendía a sentir que, más que enseñar, acompañaba a aprender a esos hijos e hijas que no eran ni hijos ni hijas sino, por parejo, los niños. Nunca imaginaba en ellos a los adultos que ha-brían de ser. Le enternecía notar cómo los rasgos de la actual Rosa-rio, la niña de siempre, se ponían finos, y su mirada intensa, y su voz ligeramente ronca y profunda.

Hasta llegó a sentirla más niña por eso.

Su gracia sutil, sí: era la de su infancia. Chicoca, engalla-da... Parecía estarla viendo, volviendo atrás por los años, como quien desanda un camino. Desde ahí, de la orilla, percibía el ritmo de sus movimientos. Baila. Bailaba el barrido, el servicio a la mesa, el paso de plumero, como antes bailaba los juegos y aun el simple andar por el patio. Pensó lo que siempre pensaba con sus estudian-tes: ojalá encontrara un novio que la mereciera.

Él solía observarla dirigiendo la vista hacia el lado opues-to, donde algún vidrio copiara su silueta. Como quien mira un cuadro.

...Una tarde de octubre, don Voltaire regresó de la escuela antes de lo usual. La divisó en el corredor que rodeaba el patio. Con un balde en la mano salpicaba agua a derecha e izquierda y ba-rría el piso de ladrillos rojos. Parecía que bailara, sí. Al acercarse, advirtió que se había quitado las alpargatas para evitar mojarlas.

Sus pies blanqueaban contra el color del suelo. De rato en rato los tocaban unas gotas de agua: brillaban al sol.

—Rosario.

Ella se volvió a mirarlo mostrando asombro en su rostro. No lo esperaba tan temprano.

—Don Volter.

—Por favor, no estés descalza.

—Pero...

—Nunca estés descalza.

Rosario iba a contestar algo. Lo vio, calló, se fue adentro.